

porvenir. Lo pasado merece un saludo, es verdad; más el porvenir es la esperanza de la nación; en él reside toda su vida y el tesoro imperecedero de su felicidad: ¿será concedido á nuestra generación hacer esa conquista?...



SANTA CLARA

I.

La dedicación de la Iglesia.

En la tarde del 22 de Octubre de 1661, los habitantes de la ciudad de México se agolpaban á las calles de Tacuba y del Empedradillo, impacientes por gozar de un espectáculo que excitaba vivamente la curiosidad en aquellos tiempos.

La segunda de las calles sobredichas, llamada entonces "Plazuela del Marqués del Valle," por el palacio de Cortés, que la limitaba hacia el Poniente, era en especial digna de observarse, á causa de la muchedumbre que en ella se agitaba, y del adorno suntuoso de los edificios contiguos, entre los cuales se distinguía el mismo palacio antes mencionado.

Era éste un alcázar almenado, especie de fortaleza gótica, con dos soberbios bastiones, uno en la esquina de la calle de Plateros, y otro en la de Tacuba, que le daban un aspecto imponente. En su fachada sombría, adusta y parca en ornamentos arquitectónicos, aparecía una serie de balcones, cuyos balaustres toscos se ocultaban á la sazón bajo enormes cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro, con un gusto aristocrático. La del balcón principal ostentaba el escudo de armas de la familia, de la cual no había ya en México, más que ramas colaterales, pues que la línea recta masculina se había extinguido en Don Pedro Cortés Ramírez de Arellano, IV marqués del Valle; por lo que el mayorazgo había pasado al duque de Terranova, á virtud del casamiento de éste con Doña Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, sobrina de Don Pedro.

Hallábase ausente la marquesa; mas no por eso escaseaban concurrentes al palacio, y en la tarde á que nos referimos, poblaban los balcones damas y caballeros de lo más granado de la nobleza mexicana, brillando las primeras por la hermosura y la pompa regia de los trajes. Con todo, no podían ufanarse de una excelencia que estaba lejos de ser exclusivamente suya, supuesto que tenían rivales no

menos bellas y galanas en los balcones de las casas de la calle de Tacuba. El adorno en ésta era también más profuso y vistoso; y el sol, que ya declinando al ocaso la inundaba en un torrente de encendida luz, daba animación, inquietud, alborozo, á todos los objetos, haciendo aparecer bajo formas transparentes y fantásticas, las cortinas pendientes de los balcones, las flámulas y gallardetes de todos colores, que en continuo vaivén colgaban de la parte superior y saliente de los edificios, los arcos de ramas verdes y frescas que á manera de puentes unían una acera con la otra, y por último, el río de gente que ora avanzando, ora retrocediendo, ora arremolinándose en las bocacalles, producía un rumor confuso, incesante, amenazador como el de una avenida.

Pasada media hora, tomó incremento aquel rumor, al dejarse oír un repique estrepitoso, que no bien había comenzado en la Catedral, cuando se le asoció el de las campanas de las demás iglesias.

Al mismo tiempo empezó á salir de la metropolitana la procesión más grave y numerosa que hasta entonces había recorrido las calles de la capital. Todas las cofradías con sus estandartes, toda la clerecía, los músicos de coro de la catedral, y una multitud de personas de la más al-

ta categoría, hé aquí lo que formaba esa espléndida procesión, la cual en dos filas paralelas se fué extendiendo por las calles antedichas. La mayor parte de estas personas llevaba vela en mano. En el suelo se regaban flores y ramas de oloroso mastranzo. A lo último iban los canónigos, y tras ellos, bajo de palio, conducía al Santísimo Sacramento el Dr. Don Juan de Poblete, Deán del Cabildo eclesiástico de México, y Arzobispo electo de Manila. Cerraban esta gran comitiva, el virrey, que lo era el conde de Baños, y la real audiencia con las demás autoridades subalternas.

Al llegar el sagrado huésped al templo de Santa Clara, en medio de una lluvia de rosas y panes de plata voladora, las puertas, que hasta ese momento habían estado cerradas, se abrieron de par en par, dejando salir siete niñas ricamente vestidas á la mexicana, las cuales empezaron á ejecutar una graciosa danza al son de una música tierna y sencilla.

Tras esto, dos de esas ninfas de Anáhuac recitaron una loa, cuyo asunto era dar la bienvenida al Santísimo Sacramento; y colocado que fué en el altar mayor, se procedió inmediatamente al oficio de visperas, que terminó ya casi al anochecer.

En la mañana de aquel mismo día, ha-

bía sido bendecida la iglesia, con las ceremonias que prescribe el ritual romano. por el P. Fr. Alonso Bravo, guardián del convento grande de San Francisco, y después obispo de Nicaragua. Su adorno interior era, para aquellos tiempos, maravilloso, y la ciudad toda acudía á contemplarlo y admirarlo, sin cesar de aplaudir al insigne artífice á cuyo ingenio y destreza era debido: Llamábase éste, Pedro Ramírez, arquitecto y escultor famoso, á quien daban el dictado de maestro de maestros, y que se había granjeado esta reputación no sólo por la obra del templo que á la sazón se estrenaba, sino por la del convento grande de San Francisco, y la de casi todos los de México.

Al siguiente día cantó la misa el Dr. Don Juan de Poblete, y predicó el Dr. Don Francisco de Siles, canónigo por oposición, de Sagrada Escritura, cuyo sermón fué en extremo celebrado.

En los otros días del octavario tuvieron á su cargo las funciones correspondientes las comunidades religiosas de Santo Domingo, San Agustín, el Carmen, la Merced, la Compañía de Jesús, San Diego y San Francisco; predicando en ellas, y por el orden que sigue, Fr. Cristóbal Téllez, Fr. Nicolás de Acuña, Fr. Fernando de la Madre de Dios, Fr. Alonso de Sedeño, el P. Luis de Legaspi, Fr.

Diego de Astudillo, y Fr. Alonso Bravo, todos sujetos de gran saber y excelentes disposiciones oratorias.

Tal es, en sinópsis, la solemnidad con que se verificó la dedicación de la iglesia de Santa Clara.

II.

Dónde estuvo al principio el Monasterio.

Ochenta y dos años antes del suceso referido, esto es, en 1579, á eso de las diez de la mañana del 4 de Enero, había una selecta y numerosa concurrencia en la ermita de la Santísima Trinidad, situada donde hoy está la iglesia del mismo nombre.

Las miradas todas se fijaban en el señor Don Martín Enríquez, virrey entonces de Nueva-España, que ostentando un magnífico vestido á la moda de aquel tiempo, eclipsaba á las demás autoridades y palaciegos que le acompañaban. Asistían, igualmente, el comisario general de San Francisco, Fr. Rodrigo de Sequera, el Dr. Don Pedro Farfán y varias otras personas notables, tanto eclesiásticas como seglares. ¿Qué motivo las había llevado á aquel lugar?

Es de saberse que el pequeño edificio

anexo á aquella ermita, conocida años antes bajo la advocación de San Cosme, San Damián y San Amaro, se había establecido desde 1568, un beaterio, de que fueron fundadoras una noble señora, viuda de un sujeto cuyo nombre no ha podido averiguarse, y cinco hijas suyas, á las cuales se asociaron después varias doncellas pertenecientes á las primeras familias mexicanas. Ignóranse, asimismo, los nombres que tenían en el siglo la señora y sus hijas, pero no los que adoptaron cuando ya en 1570 se resolvieron á entrar de lleno en la vida monástica, bajo el hábito y regla de Santa Clara. Son los siguientes:

Francisca de San Agustín,
María de San Nicolás,
Isabel del Espíritu Santo,
Luisa de Santa Clara,
María de Jesús, y
Francisca de la Concepción.

Desde esa fecha, el número de las novicias fué aumentando más y más cada día, pero sin que se sepa que alguna haya profesado, hasta que en el año de 1579 se tuvo por conveniente que con toda solemnidad hicieran los votos; de manera que la función que atraía á los moradores de México á la ermita de la Santísima Trinidad en la mañana á que nos hemos

referido, era nada menos que la que acompaña á una profesión de monja.

Mas no una, sino veintidós, eran las que iban entonces á profesar.

En efecto, después de la misa y sermón de costumbre, hicieron los votos esas veintidós señoras, en manos de la madre Luisa de San Gerónimo, monja del convento de la Concepción, de donde salió para desempeñar en el nuevo de Santa Clara el cargo de abadesa, dejando el hábito y regla con que profesó, y adoptando el hábito y regla que la mudanza de su situación exigía. En 6 de Enero del mismo año, profesaron otras cuatro novicias.

Pasaron las religiosas casi todo ese año en la ermita de la Santísima Trinidad; pero hallándose incómodas, por la estrechez de la vivienda, dispusieron trasladar el convento á un edificio más holgado, y así lo verificaron en 22 de Diciembre, pasándose á unas casas que compraron hacia la esquina de las calles de Vergara y Tacuba, en las cuales permanecieron hasta nuestros días. Ese sitio fué llamado antiguamente en lengua mexicana, "Pepétlan," que significa "fábrica de esteras ó petates," porque en él se hacían y vendían esos utensilios.

No será por demás, añadir que nuestras monjas quedaron desde la fundación

del convento, sujetas á los religiosos franciscanos de la capital, y que su primer vicario fué el P. Fr. Bernardino Pérez, religioso docto y de buenas costumbres

III.

Desenfado español.

Pero antes de pasar adelante en la historia del nuevo monasterio, tenemos que retroceder á los tiempos del primitivo, para referir dos hechos que le conciernen, y en que figura el beato Sebastián de Aparicio.

Ya dijimos en otro lugar, que el caritativo lego renunció sus bienes, en favor de las monjas de Santa Clara, y que se dedicó á servir las en clase de donado. Véamos ahora, cómo se efectuó esa renuncia.

Hallábase un día, cuando aún era seglar, con algún desasosiego, pensando que nada había hecho para agradar á Dios, y servir á sus semejantes. En tal disposición de espíritu, acudió á pedir consejo á un religioso de Tlalnepantla:—Padre, le dijo, ¿qué debo hacer para considerarme como discípulo de Cristo?

—Vé, le contestó con el consejo del

Evangelio; vé y vende lo que tienes, y dalo de limosna.

—¿A quién le parece será bueno darla?

—A las monjas de Santa Clara, que son hoy las más pobres.

—Pues, délo por hecho, respondió Aparicio, sin titubear.

Y en efecto, dentro de pocos días vendió dos haciendas que tenía en el valle de México, un hato de ovejas y un negro esclavo, en que consistían todos sus bienes; y reservando sólo una pequeña porción de dinero para sustentarse, hizo donación de lo demás, que montaba á veinte mil pesos, al convento de que vamos tratando.

A este paso, siguió el de vestirse con el tosco sayal de San Francisco, y dedicarse á servir á las religiosas en la clase antes indicada. Su mayor afición era entonces, el desempeño de las labores de sacristía, poniendo gran diligencia en que todo lo concerniente al culto estuviese perfectamente arreglado. Hizo más: por lograr la satisfacción de ayudar á misa, empleó muchas horas en aprender de memoria las oraciones que corresponde saber al ayudante; y cuando ya creía haberlo conseguido, se presentó una vez resueltamente, á desempeñar el papel que tanto ambicionaba. Al principio, todo caminó á maravilla: el sacerdote rezaba y él

respondía como era debido; pero al decir aquél "orate fratres," nuestro Aparicio notó, con sentimiento, que la memoria le era infiel. No obstante, con un aplomo admirable, aunque no sabía qué responder, se volvió al coro, donde las monjas asistían al santo sacrificio, y les dijo en alta voz: "madres, Deo gracias;" expediente famoso que dió no poco que reír.

IV.

La Iglesia.—Incendios.

Bosquejamos ya la solemnidad con que se dedicó y bendijo el templo del convento de Santa Clara, y justo es no retardar la noticia de su erección y costo, así como la de las calamidades que le han sobrevenido después.

"No se cierren mis ojos hasta que yo eche cimientos y levante paredes," decía á menudo el buen anciano Antonio Arias Tenorio, sujeto de noble alcurnia y dueño de una cuantiosa hacienda, que vivía en la capital hacia fines del siglo décimo sexto. Con tal expresión significaba el deseo vehemente de que se edificase alguna iglesia á su costa.

Hacia ese mismo tiempo se trasladaba

ron, como hemos visto, las monjas de Santa Clara al sitio de la calle de Tacuba; y no teniendo caudales suficientes que destinar á la obra del templo, que desde luego pensaron levantar junto á las casas donde moraban, solicitaron persona que los tuviese y quisiera aprontarlos para ese objeto, ofreciéndole en debida gratitud el patronato con las ventajas y preeminencias consiguientes. Arias Tenorio, que no deseaba otra cosa, aprovechó la coyuntura, y el asunto quedó en breve arreglado, extendiéndose las escrituras respectivas.

En virtud de este compromiso, se procedió á abrir los cimientos del edificio, y en 13 de Octubre de 1601 se puso la primera piedra, gobernando la Iglesia el Papa Clemente VIII, siendo Rey de España Felipe III, comisario general de San Francisco el P. Fr. Pedro de Pila, y abadesa del convento de Santa Clara la madre Flora Angela de San Miguel.

La obra adelantó muy lentamente. Con todo, habría llegado á su término desde entonces, si Arias Tenorio no hubiera muerto cuando apenas se había construído poco más de la mitad, en lo que se gastaron sesenta mil pesos. Pero los herederos del patrono distaban mucho de hallarse animados del mismo celo por el acrecentamiento del culto, y en conse-

cuencia, abandonaron la obra que aquél había comenzado con tanto afán, si bien es creíble que para ello hubo, además, otra razón, cual fué la de haberse disminuído el caudal; siendo exacto lo que á este respecto dice Vetancurt, que las haciendas que se distribuyen en herederos van á menos, y en las Indias no llegan á los nietos, porque si el padre es rico, el hijo es caballero, y el nieto pordiosero.

Muchos años pasaron sin que las monjas lograsen medio de continuar la fábrica del templo, y acaso habría permanecido hasta el día sin concluirse, si el Licenciado Juan de Ontiveros Barrera no hubiera dejado en su testamento la cantidad de cincuenta mil pesos para ese objeto, mediante la cual consiguieron ver coronada la obra, estrenándose ésta en el día que ya hemos señalado.

Desde entonces acá, los sucesos más notables que nos recuerda esta iglesia, son los dos incendios que en ella se han verificado, siendo el primero á las ocho y media de la noche del 20 de Septiembre de 1677: prendió el fuego en la sacristía, comunicándose de un brasero que quedó allí olvidado, al cajón de los ornamentos; pero cesó pronto, merced á la eficacia de dos religiosas, que salieron por la craticula, á apagarlo.

Acaeció el segundo incendio, en Abril

de 1755, y acerca de él hallamos la siguiente relación en el diario de Don José María de Castro Santa-Anna:

“Al amanecer del 5, en el convento de religiosas de Señora Santa Clara, de la filiación de los observantes, se reconoció un voraz incendio, que ya tenía abrasado el coro alto y bajo, impidiendo el paso para la torre, recalando á la iglesia y convento, de suerte que fué preciso que las criadas saliesen á la calle á pedir socorro, y á las iglesias inmediatas á que tocasen las campanas; acudieron los alarifes, crecido número de albañiles, las guardias de infantería y caballería, alcaldes de corte y ordinarios, é innumerable concurso, y no siendo dable atajar el incendio, desampararon las religiosas, niñas y criadas, el convento, y en forlones y á pie, acompañadas de la religión de los observantes, fueron conducidas á la iglesia de nuestro padre San Francisco, á donde las pasó á visitar el Ilmo. señor Arzobispo, quien amorosamente las consoló; y de allí las pasaron al convento de religiosas de Santa Isabel, de la misma filiación; el incendio tomó tanto cuerpo, que abrasó toda la iglesia, arruinando sus hermosos laterales é imágenes, á excepción del altar mayor, que muy poco padeció: libertóse el Divinísimo Sacramento y el Copón, que pasaron á la iglesia de religiosos be-

tlemitas: en el convento se experimentó un grande estrago, consumiendo el primer patio con todas sus celdas, maltratando otras; se libertó el archivo, el tesoro, ornamentos y alhajas de sacristía; la pérdida se consideraba de gran suma: S. E. (el virrey) concurrió á dar distintas providencias; varios sujetos y personas caritativas han pasado á visitar á las religiosas, á quienes se les ha ministrado con abundancia todo lo necesario para su manutención: restituido su Ilma. á su palacio arzobispal, envió á las religiosas mil pesos para sus precisas urgencias; el Conde del valle de Orizava les envió una amplia comida para más de cuatrocientas personas, en que se enumeran ochenta y seis religiosas, cuatro novicias, y las restantes niñas y criadas: la religión betlemitica se ocupó en guardar en el convento todas las celdas y oficinas en donde no llegó el incendio, y por un portillo que abrieron, hicieron conducir á su convento todas las alhajas, escritorios, cajas y camas de las religiosas, para de allí remitírselas, y que cada una reconociese lo que le pertenecía: quédanse dando las más prontas providencias, á fin de ver el modo de habilitar la ruina, que generalmente ha causado gran compasión.”

El día 7 del propio mes, ya empezaron á hacerse efectivas algunas de esas pro-

videncias, como se vé por esta noticia, tomada del mismo diario:

“Los reverendísimos padres comisario general y provincial de la orden seráfica, determinaron que en el ínterin que las religiosas claras se mantienen en el convento de Santa Isabel, se les ministre diariamente por la provincia del Santo Evangelio, seis carneros y cien tortas, para ayuda de su manutención: asimismo dichos reverendos padres pasaron acompañados de los más peritos maestros de alarife, á reconocer la iglesia y convento para su habilitación, y á proporcionarles viviendas en que puedan asistir, sin que les perjudique la obra, la que luego principiaron; y para los gastos precisos de ello, dicho reverendo padre provincial, en compañía del síndico general Don Miguel Alonso de Ortigosa, salieron á recoger entre los sujetos de esta República, y en el primero juntaron 5,600 pesos; continuaron la diligencia, y se tiene por cierto lograrán cuanto se necesita, respecto al amor con que todos miran al seráfico padre y sus hijos, lo que se ha experimentado en estos días en las abundantes comidas que han llevado á las religiosas de las casas de los mariscales, coronel Rivascacho, Correo Mayor y otras.”

En el siguiente mes, pudieron ya las monjas trasladarse á la morada provi-

sional que se les construyó en su mismo convento. El diario antes citado nos suministra una descripción de ella y de las circunstancias que acompañaron al acto de la translación:

“Con grande exigencia procuraron los reverendos prelados de la orden seráfica, el que con abundancia de operarios se facilitasen viviendas cómodas en el convento de Señora Santa Clara, á sus religiosas, con separación de la reedificación de coro alto y bajo, claustros y oficinas que arruinó el incendio; formóseles coro alto en la tribuna de la capilla mayor de su iglesia, y el bajo, en la que era antes sacristía, condenando la puerta que caía á ella, sirviendo la del presbiterio para manejarse; blanqueóse la mitad de la iglesia, dividiéndose con un tabique, y quedándole una de las puertas principales: pusieronse cuatro retablos y un campanil, que cae á la calle de Vergara, en donde pusieron tres campanas; y la mañana del 10, á las seis, la religión seráfica, en compañía de la betlemítica, en cuya iglesia se depositó el Divinísimo la mañana del incendio, trasladaron en devota procesión á Su Majestad á la referida iglesia de Santa Clara, y teniendo aprontados crecido número de forlones en el convento de Santa Isabel, pasaron al suyo á las reverendas madres claras: afectuosas fue-

ron las expresiones al tiempo de la despedida de unas y otras religiosas, por los especiales favores que recibieron en el hospedaje de un mes y cinco días, y tiernas y lamentables al tiempo que entraron en su convento, viendo la ruina que causó en él y en su iglesia el fuego, que no se ha podido averiguar su principio ni causa: el Ilmo. señor Arzobispo les envió este día una espléndida comida, y no fué menor la que recibieron de las religiosas isabeles: correspondiente fué la cena con que las obsequiaron las religiosas de San Juan de la Penitencia, de la misma filiación: los reverendos padres de la Sagrada Compañía de Jesús de la Casa Profesa, sus vecinos, les enviaron una crecida porción de chocolate labrado, y doce arrobas de azúcar, y otras muchas personas de esta ciudad manifestaron con varios regalos la voluntad que les profesan.”

Sin embargo de la actividad que se desplegó en la prosecución de la obra, casi un año pasó para que se llegara á ver concluída en parte. Hé aquí lo que á este respecto nos dice el mismo Castro Santa-Anna:

“El 18 (Marzo de 1736) se bendijeron los hermosos y bien adornados coros alto y bajo de religiosas de Santa Clara, y asimismo la mitad de su iglesia, que se

hallaba dividida, por el estrago que causó en ella y dichos sus coros, el incendio del año próximo pasado, cuya fábrica ha tenido considerables costos, y los que continúan en la fábrica de su convento, y al anochecer, estrenaron los coros las religiosas, con una tierna y devota procesión de penitencia, suplicando á su Divino Esposo las liberte en lo de adelante, de semejantes ruinas.”

Como se ha podido muy bien advertir, no sólo en la iglesia, mas también en el convento, halló pasto la voracidad de las llamas, causando una pérdida difícil de repararse en poco tiempo. Por desgracia, carecemos de datos para seguir la historia de la reedificación hasta la conclusión de la obra. El diario de que nos hemos servido, termina en el año de 1758, y por él ya no sabemos más, sino que la fábrica continuaba sostenida con los productos de algunas loterías destinadas á ese objeto. Las gacetas de México, que empezaron á publicarse en 1784, nada dicen sobre el particular. Con todo, no será muy aventurado colocar la conclusión de la obra de que vamos hablando, en uno de los años que abraza el período de 1758 á 1784, quedando desde entonces el monasterio, en el estado que guardó hasta el presente siglo.

Desapareció el campanil que daba á la

aunque no descuidaba las prácticas de devoción, á que su piadosa madre era muy aficionada, el vestido elegante, la gracia del tocado, las lecturas amenas y algunas otras ocupaciones divertidas propias de sus quince abriles, consumían gran parte de su tiempo, con sentimiento de sus progenitores, que en tal género de vida no podían hallar alimento á las esperanzas que abrigaban.

Con todo, no las perdían enteramente, cuando notaban que entre los pasatiempos de la señorita, había uno á que mostraba singular predilección, y era visitar los monasterios de religiosas, entre las cuales contaba no pocas amigas.

—¡Ah, si al menos quisieras entrar de niña en alguna clausura!, le dijo una vez Doña Petronila, suspirando.

—Joven soy todavía, señora, y tiempo habrá para pensarlo con madurez. No será milagro que un día de estos os vaya saliendo con que me meto monja; que para entrar de niña, mejor me estoy en casa, á vuestro lado, donde tengo todo lo que más puedo apetecer en esta vida, comodidades, buena crianza, ejemplos de virtud, y, lo que yo más estimo, amor, cariño, el cariño de mis padres, á que otro ninguno puede compararse. No pensemos por hoy más en esto, y vamos, si lo tenéis á bien, á visitar el convento de las

madres claras, ya que nos han concedido permiso.

Con semejante respuesta, la buena señora, que en aquel instante, no las tenía todas consigo, sonriendo placentera, cedió á la indicación de su hija, y se dirigieron al convento de Santa Clara. Llegan á la portería; pasan al claustro, y mientras la señora se entretiene con las monjas graves platicando sobre la depravación de costumbres de la juventud, haciendo la apología de los antiguos tiempos, y sosteniendo que el mundo progresa sólo en malicia y no en nada bueno, la niña se divierte vagando por los corredores y observando los cuadros colgados á la pared, que representan vidas de santos, é imágenes risibles de los suplicios que en el infierno esperan á los réprobos.

En esto andaba, cuando de repente, con la voluptuosidad de una mariposa, se encamina al centro del patio principal: ¿qué le ha llamado la atención? ¿qué ha picado su curiosidad de niña? La fuente; la fuente, en cuyas aguas limpias como la inocencia, y transparentes como un pecho franco, se retrata el cielo azul y la blanca nube que pasea, por la extensión tranquila, con la majestad de una reina. Quiere gozar de este espectáculo; quiere oír cerca de sí el ruido sabroso que forma el li-

gero chorro al caer sobre el agua represa, desatándose en hilos de perlas y en traviesas armonías; quiere escuchar la voz del agua; pero quiere también contemplar su hermosura en el líquido cristal. Acércase, da una mirada en torno de sí, por asegurarse de que no la ven, y en seguida. . . . Pero, ¡qué le ha sucedido! ¡por qué, pálida y reflexiva, permanece inmóvil como una estatua, como el genio de la meditación!

Al inclinarse sobre la fuente, vió su imagen, sí, pero no como la esperaba. . . . ¿Estaré soñando? se decía con asombro. Vuelve á inclinarse, y retrocede espantada: ella era, la misma, la misma belleza, los mismos atractivos; pero se vé en hábito de religiosa. . . . ¿Podía resistir á un aviso semejante?

En este hecho ve la indicación del camino por donde la llama el cielo. Días después entraba al noviciado, y pasado un año, la tenemos de religiosa profesada, bajo el nombre de Sor Isabel de San Diego.

La alegría de los padres se deja á la consideración del piadoso lector.

Véamos ahora el reverso de la medalla.

La madre María Isabel de Jesús quiso desde su primeros años, ser monja; pero se lo estorbaron siempre sus padres, ins-

pirándole por cuantos medios estaban á su alcance, afición al matrimonio, como el estado más conforme á su calidad y fortuna. Logró conocerla un joven, y prendado de su mucha hermosura y demás cualidades que la recomendaban, la pidió para casarse. Como él, por su parte, llenaba para marido de la niña, las condiciones apetecidas por los padres, se vió en breve, dueño del tesoro que ambicionaba.

Era la primera noche que iba á pasar en compañía de su mujer; el amor abrasaba su corazón, con la idea de una dicha embriagadora, y cuando terminado el baile y los festejos correspondientes, se quedó á solas un momento en su recámara, oye una voz misteriosa que le hace estremecer. . . .

Nadie supo lo que expresó esa voz imponente; pero lo cierto es que el mancebo se presentó al día siguiente en el Arzobispado, solicitando una entrevista con el provisor, de la cual resultó la separación de los consortes, entrando la joven al convento de Santa Clara, para vestir el hábito de religiosa, como había anhelado toda su vida.

Además de estas dos monjas, hubo en el monasterio otras muchas que vivieron y murieron en olor de santidad, llegando á diez y siete las que ocuparon la pluma

de Vetancurt, en cuyo Menologio puede leerse la historia de todas y cada una.

Al presente, las religiosas de Santa Clara se hallan en el convento de San Juan de la Penitencia, como consecuencia de la disposición del Gobierno, por la que fueron trasladadas unas comunidades de religiosas á los edificios que otras habitan.

La regla que siguen estas monjas es la de Santa Clara, mitigada por las constituciones del Papa Urbano IV, de donde les ha venido el nombre de urbanistas, con que en otras partes son conocidas, dado que en la República se les llama vulgarmente "claras." Con la misma advocación que este monasterio, hay otros dos, que también administraban los religiosos de la provincia del Santo Evangelio, uno en la ciudad de Puebla, y otro en Atlixco ó villa de Carrión. En uno y otro han florecido religiosas notables, por la elevación de espíritu y la pureza y austeridad de costumbres.

Volviendo al convento de México, nos parece oportuno añadir, por si el recuerdo tuviere algún agrado, que en el sitio de enfrente, y hacia la esquina de la calle del Factor, estuvo situada la casa de

Quauhquemóztin, último Rey mexicano. Hé aquí por qué en los documentos correspondientes á los años que siguieron inmediatamente á la conquista, encontramos que esa calle era llamada, corrompido el vocablo, de Guatimuz ó Guatimoza.